

GENEROSIDAD Y EGOISMO

En la educación hay mucho de contradictorio. Ya estamos acostumbrados a ello: al hecho en sí y a las consecuencias derivadas del hecho que, las más de las veces, se resuelven en posiciones antagónicas, en corrientes del pensamiento encontradas. Cuando nos planteamos el problema de la actitud egoísta, desde el punto de vista pedagógico, nos vamos a tropezar también con dificultades, precisamente por lo contradictorio de la misma. Se llama egoísmo sensu stricto al amor de sí; y el amor que el sujeto ponga en el propio yo puede recorrer toda la gama del afecto que va desde el amor carnal, hedonista, animal, hasta el amor al yo templo del Espíritu Santo, por medio del cual se ama al Dios que habita en sí, pasando por el egoísmo metafísico o solipismo, incapaz de otros amores si lo intentase, porque no conoce más yo que el único yo pensante. La contradicción aparece clara y manifiesta al detenernos en las siguientes consideraciones:

1.ª Por una parte, la existencia en el individuo de un instinto de conservación, con alcance evidentemente egoísta. La existencia de tal instinto ha llevado a que diversos autores justifiquen y pongan de relieve la importancia del egoísmo en las conductas religiosas, ética, social y biológica del hombre. Así: La Rocheoucauld, Le Dantec, Holbach, St. Lambert, Volney, Feuerbach, Hobbes, Schopenhauer...

2.ª Pero es que desde el punto de vista ético parece justificarse cierta actitud egoísta. La ética nos enseña que el fin último del hombre, al cual se dirige y al que tienden sus actos, es la felicidad, su felicidad. Y nuestra religión cristiana, que hace ya casi dos mil años pronunció nuevas y definitivas palabras acerca del amor, incluye en su doctrina normas como las siguientes: «la caridad bien entendida, empieza por uno mismo»; «es preciso amar al prójimo como a sí mismo».

3.ª Sin embargo, la actitud egoísta y la palabra que sirva para designarla —egoísmo— repugnan. Aunque todos lo seamos y procedamos con frecuencia según nuestro amor propio, quisiéramos no merecer ese calificativo, ni considerarnos inmersos en tal corriente de conducta.

¿Dónde radica la justificación y el origen de esta, aparente o real, contradicción?

Hemos de recurrir a la esencia del hombre como explicación del fenómeno, en primer lugar, y en segundo, como punto de partida para la búsqueda de la solución más adecuada. El hombre es uno, pero es un compuesto. Su alma es una, indivisible, pero puede obrar según intereses opuestos. En el hombre se da el dramático espectáculo de la contienda casi eterna, que quizás por eterna constituyó el casi exclusivo motivo del arte y pensamiento medie-

vales: la disputa del alma y el cuerpo. Ahí está la explicación de tantas cosas inexplicables: de ese querer y no hacer, y de ese hacer lo que no se quiere expresado en las lapidarias palabras del Apóstol: «No hacemos el bien que queremos, sino el mal que odiamos».

En el hombre hay un sujeto carnal, concupiscible, llamado por Pascal *yo detestable, yo odioso*, y un sujeto racional, base de la personalidad. Y estos dos sujetos entablan la disputa de que hemos hablado y cuya característica es que apenas terminada vuelve a empezar. Esto hace que el hombre se encuentre en la angustiosa situación de poder perder su virtud en un momento dado, y posea la no menos maravillosa posibilidad de dar el salto trascendente con que los elegidos de Dios pasan de la criminalidad más espantosa a la santidad más sublime. Es casi inexplicable; pero es hermoso, terriblemente hermoso.

De esta dualidad existencial surgen las dos posibles manifestaciones del egoísmo, designadas por Gillet con los nombres de *egoísmo pasional*, consistente en «referirlo todo a sí, en encarar únicamente a las personas y a las cosas desde el ángulo estrecho de los propios caprichos, en no apreciar del mundo sino el panorama forzosamente restringido y mezquino dentro del cual se le puede utilizar y hacer servir a los propios intereses (1), y *egoísmo virtuoso*, que coloca al hombre por encima del animal y a Dios por encima del hombre. Este egoísmo está sobrenaturalizado por la caridad cuando nos pone en el caso de amar a los demás como a nosotros mismos por amor de Dios.

El egoísmo pasional, pues, refiere todo a sí. Las manifestaciones que puede tener son muy diversas:

a) Tenemos en primer lugar la utilización egoísta de la propia actividad, del propio esfuerzo. Esta actitud es interesante desde el punto de vista educativo, pues corremos el riesgo de fomentarla si no tenemos en cuenta la posibilidad de su existencia. Dewey ha señalado el peligro: «La mera absorción de hecho y verdades —dice— es un asunto tan completamente individual que tiende, materialmente, a degenerar en egoísmo. No hay ningún motivo social serio para la adquisición de la simple cultura, ni una ganancia social en el éxito que se obtenga. Realmente, casi la única medida del éxito es la de la competencia, en el peor sentido de la palabra... Hasta tal punto es ésta la atmósfera prevalente, que para un niño el ayudar a otro en su tarea es un crimen escolar» (2).

b) Hay junto a ésta una manifestación del egoísmo más clara y, por lo tanto, más sincera y definida: consiste en el amor desordenado del yo en su situación actual, estática, que lleva al individuo, mejor dicho, no lleva, deja al sujeto en la más absoluta de las pasividades. En tal caso, el ser permanece sumido en el mayor de los abandonos dominado por la *pereza*.

c) Existe, además, y ya hemos hablado implícitamente de ello, una utilización egoísta de cosas y personas.

(1) M. S. Gillet: *La educación del corazón*. Pág. 85. Buenos Aires, 1945.

(2) J. Dewey: *La Escuela y la Sociedad*. Pág. 32. F. Beltrán. Madrid. S. a.

d) Importa, sin embargo, parar la atención en un hecho frecuente: el goce egoísta de la soledad. Considerada esta situación humana como sentimiento y como fenómeno, tiene una gran importancia en las relaciones sociales, importancia que se pone como relieve en la utilización de la misma como castigo. El sentimiento que produce en nosotros la lejanía, puede causarnos el deseo de compañía, de volvernos a encontrar con los seres que nos han abandonado o nos han dejado solos. El peligro está en quedarse solos, y podemos hacerlo aunque no estemos totalmente solitarios, con abandonarnos a los propios pensamientos. Pero, entendámonos: no siempre que nos quedamos en tal situación corremos el riesgo de perdernos. Cuando el acto de quedarse solos tiene fines intelectuales, de él se sigue un mejor conocimiento del yo, un enriquecimiento espiritual, un encontrarse a sí mismo, un hallar la intimidad u hondón del alma del que habla Fray Juan de los Angeles, donde tiene su morada el mismo Dios. y a este conocimiento puede seguir un amor dulce y apacible del yo a sí mismo, pero no por lo que es o vale, sino por lo que tiene y guarda.

Cuando el amor de sí mismo se basa en el conocimiento exclusivo de la propia excelencia, es el yo egoísta quien se hace cargo de la soledad para gozar en ella y de ella. Las posibilidades de actuación egoísta en tal estado son muy variadas:

1.ª El goce hedonista, proporcionado por los placeres solitarios, las imaginaciones y ensueños, el gusto emocional por la realización de actos prohibidos.

2.ª La actitud narcisista, que en líneas generales tiene también un alcance eminentemente egoísta y solitario.

3.ª Cierta reflexión del yo sobre sí mismo, distinta a la ya apuntada, producto en este caso del egoísmo pasional. Reviste en la soledad matices perjudiciales, capaces de trastornar la personalidad toda del sujeto. Tal reflexión puede causar, en síntesis, dos posturas: 1) Conciencia excesiva del propio valer y de los propios méritos, origen de la vanidad y del orgullo. 2) Conciencia de un merecer más de lo que se recibe; infravaloración de la conducta de los demás respecto a nosotros mismos. Este autojuicio del propio valer conduce al resentimiento, y parte de las más diversas causas: celos, envidia, sentimiento de inferioridad...

ORIGEN DEL EGOÍSMO PASIONAL

A la pregunta ¿cuándo?, ¿cómo se produce el egoísmo pasional?, estamos ya en condiciones de contestar. Vamos a responder con palabras de San Agustín: «La caridad —dice el santo— es el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, y, por el contrario, la concupiscencia es el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios» (3). Según lo dicho hasta ahora podemos ver que cual-

(3) San Agustín: *La Ciudad de Dios*. Lib. XIV, cap. 28.

quier manifestación egoísta se resuelve en alguna de las tres concupiscencias de que nos habla San Juan: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos o la soberbia de la vida. Bossuet nos habla del desorden producido cuando el alma humana invierte los valores: lo recto es amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra inteligencia, y a nosotros mismos en El y por El (4). Pero el alma que viéndose bella se deleita en sí misma y se adormece en la contemplación de su excelencia, cesa de relacionarse con Dios, olvida su dependencia. Este acto de rebeldía tiene las consecuencias más funestas, pues no sólo nos apartamos por él de la voluntad de Dios: quedamos incapacitados para conmovernos por los intereses de los demás, nos hacemos insociables, intratables, injustos.

Y estas afirmaciones son buenas para tenerse en cuenta tanto en la lucha ascética más rigurosa cuanto en la vida humana en general. El peligro es agudo especialmente en el seno de la familia, donde un amor mal entendido, un conocimiento equivocado de lo que el niño es y lo que el niño vale, y sobre todo la falta de un plan sistemático de educación que precise con toda claridad fines, métodos a seguir y etapas del mismo, pueden malograr muchas potencialidades infantiles. La mala educación descansa en, o es causada, por dos posibles falsos modos de actuar el educador familia respecto a la prole: 1.º Manifestaciones desordenadas del amor del adulto al niño, las cuales crean un ambiente de molicie capaz de fomentar y estimular en él —el niño— su pereza, su sensualidad y su orgullo, en una palabra, su egoísmo. Un claro exponente de esta actitud es el mimo por medio del cual se prodigan elogios excesivos, se satisfacen gustos y caprichos, se hace al niño centro de conversaciones e idolatrías, se le acaricia excesivamente... (5). 2.º Falsa valoración del estado de insuficiencia infantil. El niño, al nacer, es naturalmente dependiente, pero está llamado a valerse por sí mismo, y las facultades que le permitirán gozar de independencia aparecen progresivamente. El mal está en exigirle demasiado, o en darle más de lo preciso.

FORMACIÓN DEL EGOÍSMO CONTRA EL EGOÍSMO

Cuando planteados los problemas que a lo largo de este trabajo venimos apuntando tratamos de reflexionar cerca del papel que la educación ha de asumir en este punto, nos encontramos con una nueva contradicción. Pero ahora sabemos que esta contradicción es sólo aparente. Por una parte hemos de fomentar en el educando cierto amor por su personalidad total, sin el cual es imposible desplegar el esfuerzo preciso para conservarla, respetarla y aun para dar a los demás el amor que se les debe. Pero por otra parte, se ha de desechar por

(4) Bossuet: *Traité de la concupiscence*. Págs. 37 y sigs.

(5) Vid. Mons. Félix Dupanloup: *El niño*. Pág. 36. Barcelona. Gustavo Gili, 1905, 3.ª edición.

completo toda manifestación egoísta entendida en el peor sentido de la palabra.

Como ya sabemos dónde está el mal, estamos en muy buenas condiciones para encontrar el remedio. Basta con entablar —en el caso de la autoeducación— o fomentar —en el de la heteroeducación— una lucha sistemática e incansante contra el egoísmo pasional.

Dos caminos tiene el educador: 1) La lucha constante contra la molición. 2) La sustitución del egoísmo pasional por su virtud opuesta, la generosidad. ¿Cómo se mantiene al educando libre de caer en la molición? Las tres consecuencias más graves que se derivan del egoísmo basado en la concupiscencia son: pereza, sensualidad y orgullo. Y contra estos tres vicios caben tres métodos de conducta, respectivamente: actividad, austeridad, ejercicio de la humildad.

1. La actividad posee innumerables valores que la hacen interesante a nuestro propósito. Aparte de la importancia que tiene como ejercicio para dotar de agilidad a nuestras obras y actuaciones personales, con la consiguiente y natural lucha contra la pereza ya indicada, hemos de reconocer que constituye un medio poderoso de ponernos en comunicación con nuestros semejantes, y por lo tanto de apartarnos de esa soledad germen de egoísmos. Pues sólo actuando entre seres como uno mismo es posible reconocer la interdependencia en que los individuos se encuentran dentro del grupo. Pero lo más importante es que la actividad nos da superioridad sobre las cosas, y hay que tener en cuenta que sólo quienes valen más que las mismas pueden estar desprendidos, y que tal desprendimiento es necesario para independizarse de ellas y del afecto consiguiente. (Una condición previa de la generosidad es la liberación íntima, pudiéramos decir, de todo lo externo.)

2) Pero existe la posibilidad de dominar progresivamente al yo carnal residente en nosotros. Que el espíritu viva en el cuerpo como si no hubiera cuerpo es algo a que se llega después de no pequeños sacrificios. Por medio de la austeridad el sujeto prevé la posibilidad de que su yo concupiscible actúe contra su parte espiritual y hace valer continuamente la preeminencia de ésta reduciendo al mínimo sus tendencias sensuales. La austeridad tiene diversos significados: 1.º Aspereza o acritud del sabor. 2.º Aspereza o incomodidad de los lugares o los mismos lugares ásperos. 3.º Penitencia o mortificación y virtud o espíritu de mortificación, y 4.º Severidad o rigidez de carácter o aspecto de una persona (6). Esto nos dice que la austeridad está en las cosas, está en nuestros actos, o es un estado a que hemos llegado después de cierto ejercicio. Nos interesa especialmente la austeridad como ejercicio, como método ascético, la austeridad consciente de su meta o término: consiste en el dominio del alma sobre el cuerpo a fin de evitar cierto vaciamiento o desintegración del espíritu que pone su afecto en lo sensual. Recojo de San Juan de la Cruz los peligros que de tal afecto se siguen; los reduce el santo a seis: 1.º Vanagloria, presunción, soberbia, desestimación del prójimo. 2.º Sentimiento suave a complacencia, deleite sensual y lujuria. 3.º El caer en adulación y alabanza vanas. 4.º Em-

(6) Academia Española: *Diccionario histórico de la Lengua Española*. Tomo I. Madrid, 1933.

botamiento de la razón y del sentido. 5.º Distracción de la mente, y 6.º Tedio y tristeza en las cosas de Dios hasta venir las a aborrecer (7).

El ejercicio de la austeridad tiende a evitar tales peligros, a liberar al alma del afecto desordenado por el amor a las cosas, a elevarla a Dios teniendo en cuenta las palabras del mismo San Juan de la Cruz para quien el amor hace igualdad y semejanza entre lo que ama y es amado. Por eso la igualación del amor egoísta va contra el progreso espiritual de la criatura. El sujeto permanece siempre el mismo en el mejor de los casos, mientras que en el amor que se resuelve en entrega, en el amor generoso, cabe la posibilidad de un ascenso progresivo a medida que los objetos de nuestro afecto son cada vez más valiosos.

3. Contra el orgullo y soberbia el educador ha de ejercitar en el educando el espíritu de humildad. Realmente, la lucha contra tales vicios puede realizarse siguiendo dos caminos distintos. El uno tiende a la virtud contraria, la humildad, y tendría en cuenta toda la mesología adecuada a tal fin. El otro consiste en hacer ver de continuo al educando lo vano del concepto que de sí tiene, del amor por su propia excelencia utilizando como métodos la ironía, la burla y recursos semejantes.

La segunda etapa viene dada por la adquisición de la virtud contraria al egoísmo pasional, la generosidad.

Concepto de generosidad.—La palabra generosidad comprende dos sentidos o significaciones. Según el primero, generosidad vale tanto como nobleza heredada. El segundo se refiere a cierta inclinación o propensión del ánimo a anteponer el decoro a la utilidad y al interés. El generoso sólo ve la belleza, nobleza o bondad de sus actos, sin pensar en el provecho que con ellos le va a venir. La vida del generoso es fecunda en concesión de bienes y favores a los demás. El Hermano Agaton define la generosidad como «virtud que nos hace sacrificar voluntariamente nuestros intereses personales a los del prójimo, en conformidad con la conducta de San Pablo, que decía: No busco lo que me es ventajoso, sino lo que es a varios para procurarles la salvación (8).

La generosidad incluye dentro de sí cierta negación del propio yo por y para los otros; es, en suma, abnegación y sacrificio. Consiste en negarnos lo que pudiera ser nuestro para entregarlo a los demás hecho carne de sacrificio en el crisol ardiente del amor. De aquí resultan dos sentidos de la generosidad. En primer lugar, la generosidad de signo positivo que niega para dar: es la actitud de entrega. En segundo lugar, hay una generosidad absolutamente negativa: la generosidad de la renuncia en el sentido que ya explicaremos.

1. Analicemos la primera y sus posibles manifestaciones. El primer modo de negarse el hombre consiste en renunciar a lo que posee; en cada acto de renuncia pudiéramos decir se da un acto de afirmación de sí, por cuanto el dominio sobre las cosas puede considerarse recíproco: nuestro hacia ellas, pero

(7) San Juan de la Cruz: *Subida al Monte Carmelo*. En *Obras Completas*. Página 717. B. A. C. Madrid, 1946.

(8) H. Agaton: *Las doce virtudes de un buen maestro según el venerable J. B. de la Salle*. Barcelona, 1883. Págs. 104-105.

también de ellas hacia nosotros. Por eso en la renuncia de cosas para su entrega inmediata no cabe el peligro de perder nunca la libertad ganada con ello. Quiero decir con esto que cuando renunciamos a lo que poseemos, pero lo dejamos al alcance de nuestra mano, corremos el peligro de ser atrapados en el menor descuido por ello. No debemos pensar por eso en cierto egoísmo del generoso que de tal manera procede, pues junto a la generosidad del dar hay que colocar la generosidad del recibir, consistente en aceptar con espíritu de humildad, de agradecimiento y a veces hasta de cierto perdon de la caridad recibida. A la negación y entrega del donante corresponden negación y entrega del recipiente: negación de sí en la humildad y entrega de amor y devoción. Y es curioso considerar que amamos más a quien más damos, no a aquel de quien más recibimos. Por eso la entrega total, la absoluta renuncia en la vocación religiosa puede considerarse como el grado sumo del amor humano a lo divino.

Viene a continuación la generosidad del propio vivir, la del que existe de buena gana, con agrado, sin avergonzarse de la propia existencia, manteniéndose derecho en ella e incluso aceptando sus imitaciones naturales. El egoísmo no acepta la existencia: la acapara por y para sí (9). Por eso cuando le viene grande se desprende de ella y prefiere arriesgarse a malograr con el suicidio unas existencias temporal y eterna que no conoce, que no ha vivido, a soportar los dolores de la actual. El generoso se muestra de otra manera ante el dolor. Por una parte, se entrega al sufrimiento, pero por otra, acepta el dolor como acepta la vida; y pasa sobre él como sobre tantas cosas bellas que quisieron aprisionarlo con sus tentáculos. Piensa que el dolor es una de las más grandes barreras que se interponen entre nosotros y los demás, y la destruye con la fortaleza del desconocimiento. Tanto el dolor propio como el dolor ajeno pueden influir en el afianzamiento de lazos sociales, o en la rotura de los débilmente existentes. El conde de Keyserling dice que amarse es envejecer juntos, y en esta definición —sexual y humana— del amor se ve el poder de unión que el dolor ejerce en quienes así lo aceptan. El dolor propio tiene importancia como estímulo que influye concentrando en él la atención, nuestra atención. Esto es tanto como decir que nos volvemos hacia nosotros mismos, que nos concentramos en nuestra persona, y en consecuencia, desconocemos un poco a los demás, a veces hasta sus dolores mayores que el nuestro. De aquí al egoísmo sólo hay un paso: pues podemos padecer la situación dolorosa con la fruición y exquisitez con que gozamos de un placer en el santuario o torre de marfil de nuestra soledad, y podemos esgrimirlo para que la atención de los demás venga a nosotros. Por eso yo pienso que ante nuestro dolor no cabe sino utilizar un desconocimiento consciente, en virtud del cual liberamos nuestra atención y le permitimos fijarse en otros objetos de conocimiento, reales o personales. Ante el dolor ajeno, la actitud a adoptar es muy distinta. El desconocimiento de tal dolor sería indicio de egoísmo y no pequeño. Conocerlo, compadecerlo y remediarlo son las tres etapas a seguir por quien quiere llamarse generoso: Y esto

(9) Jacques Maritain: *L'Education à la croisée des chemins*. Eglolf. Paris, 1947. Págs. 68 y sigs.

para evitar que el dolor actúe sobre la individualidad que lo padece en el sentido egoísta ya indicado.

Pero es el caso que el vivir exige cierta actividad del ser vivo, a que se refiere esa afirmación de que la vida nos es dada y no nos es dada. El nacer a la existencia no depende de nosotros, pero en cuanto nacemos hemos de hacer algo para seguir viviendo, y este hacer está vinculado al instinto de conservación, al que tantas veces nos hemos visto obligados a aludir. Ante el mundo del trabajo, de la profesión, cabe adoptar una actitud egoísta y una actitud generosa, y esto tanto en el trabajo o hacer actuales, cuanto considerada tal actividad humana en sus proyecciones pasada y futura. Sigamos un orden cronológico: analicemos la posición del sujeto ante su futuro ejercicio laboral. El problema vocacional se resuelve según uno de estos dos posibles sentidos: 1) La profesión para el sujeto —posición egoísta—. 2) El sujeto para la profesión —posición generosa.

Existe también, y cómo no, la consideración generosa de la actuación pasada, la del hombre que se juzga bien pagado con haber podido servir. Con esta breve indicación creo que es suficiente para dar una idea de la inmensa gama de egoísmos y generosidades como pueden desplegarse respecto a este punto. No voy a hacer otra cosa que citar como ejemplos el caso del Guillermo Tell de Eugenio d'Ors, o el de aquellos romanos de la primera época que abandonaban el arado para empuñar el bastón de mando y cuando dejaban el bastón de mando volvían a empuñar el arado.

En cuanto al proceder generoso en el desempeño actual de nuestras actividades laborales, consiste en darnos a él con la amplitud de espíritu con que nos debemos dar a la existencia: sin restricciones mentales, sin pensar valgo más o me merezco más. En este sentido la generosidad se ejerce cuando, aun a sabiendas del poco aprecio que de nuestro trabajo se hace, seguimos realizándolo con todas las fuerzas de que somos susceptibles sin esperanzas de remedio. Valga la función docente como ejemplo de profesión generosa.

2) En todo acto de renuncia bien establecido podemos encontrar rasgos generosos: unos son de alcance individual, por cuanto por ellos disponemos convenientemente nuestro espíritu ante nosotros mismos, y elegimos la mejor parte en la lucha de tendencias encontradas; otros son de alcance social: por el efecto que como causa ejemplar pueden ejercer sobre nuestros semejantes, y por lo que contribuimos a no crear en ellos o bien cierta tristeza consiguiente a la comparación de su vida material con la de otros o bien cierto encono contra los mejor situados, base de incompreensiones y luchas de clases.

Medios de formar en la generosidad.—Para ser generoso es preciso estar desprendido, que vale tanto como ser desprendido. Al quitar el gozo de los bienes temporales, dice San Juan de la Cruz, se adquiere la virtud de la liberalidad, la libertad de ánimo, claridad de la razón, sosiego, tranquilidad y confianza pacífica en Dios (10). Condición imprescindible es este desprendimiento, no sólo en quien se llama generoso, sino en quien desea formar en la genero-

(10) San Juan de la Cruz: *Subida al Monte Carmelo*. En *Obras Completas*. Página 713. B. A. C. Madrid. 1946.

sidad. Analicemos en primer lugar los medios con que cuenta la familia —el poder educativo que más puede hacer en este sentido— para abordar este problema.

El niño, como primera providencia, ve en la familia muchas manifestaciones de egoísmo. Ahí está la mayor de las dificultades con que se va a tropezar para el logro de la virtud que nos ocupa: unos son manifiestos, otros son ocultos. El hombre, aun el que supera al de tipo medio, aborda los problemas vitales angustiosamente. El instinto de conservación humano reviste unos caracteres de urgencia y premiosidad pocas veces vistos en otros seres. Por otra parte, su capacidad de prever y proveer el futuro complica un mucho la cuestión. De tal modo es esto cierto, que muchas virtudes humanas, virtudes dignas de ser fomentadas e inculcadas en la prole, con una notable aportación al progreso y a la civilización, tiene su fundamento en el egoísmo. Y esto es así porque la generosidad más difícil de alcanzar en un ser como el hombre dotado de razón e historicidad es la que se manifiesta ante la existencia, consistente, a fin de cuentas, en aceptarla como la aceptan los lirios del valle y las aves del cielo. Muy difícil en verdad.

Por otra parte, la psicología infantil misma, como la psicología humana en general, tiene más manifestaciones espontáneas egoístas que generosas. Se habla de egoísmo infantil, de egotismo, de egocentrismo: de edades en que la conciencia infantil vive completamente al margen de agrupaciones sociales: de ciertas dificultades para actuar de un modo organizado en células humanas superiores a dos o tres sujetos. A este respecto, la bibliografía es abundante. El problema se complica con la actitud misma del adulto. En ocasiones prodiga cuidados, caricias y atenciones excesivas al niño. Todas las miradas se concentran en él de un modo insistente y continuado. A veces, aunque el niño quisiera, le sería difícil salir del círculo cerrado del cual es él el centro. Podemos resumir las condiciones que de esta problemática se deducen con las siguientes palabras: 1.º La importancia del ejemplo es muy necesaria, como en todas las cuestiones educativas. 2.º No hay que considerar al niño como un juguete del adulto, ni darle más importancia de la que se merece, ni pedirle más de lo que puede dar, ni ayudarle más de lo que necesita.

Existe otra gran dificultad, y es que resulta difícil formar en la generosidad por vías racionales. ¿Cómo empezará entonces la educación? El doctor García Hoz propone un medio muy digno de tenerse en cuenta: consiste en aprovechar manifestaciones espontáneas de generosidad y asociar a ellas consecuencias agradables para el sujeto que las realiza —premios, alabanzas, caricias...—. De este modo se compensa el sacrificio que todo acto generoso supone, con algo estimable no esperado por el sujeto. Al mismo tiempo, dirigiendo su atención hacia tales estímulos impedimos que se arrepienta de lo hecho.

Sin embargo, no podemos aceptar sin más esta norma de conducta, porque existe en ella un grave peligro, y es que el sujeto: 1.º Conciba la consecuencia agradable como tal, es decir, como consecuencia. 2.º La encuentre más valiosa que el acto generoso, y 3.º Utilice a éste como medio de alcanzar algo para

él más estimable dando lo que tiene y a veces lo que no tiene. Entonces lo estaríamos ante una auténtica generosidad.

Por eso hemos de procurar que el acto generoso en sí tenga toda la importancia y se convierta en el verdadero fin de la conducta del niño. Y esto se consigue en parte haciendo que las consecuencias derivadas de él sean: concomitantes al mismo; inesperadas; diversas de condición, es decir, que no sean siempre de la misma especie; dotadas lo más posible de espiritualidad o carácter racional. Cuando la conducta del niño ya se ha enfrentado alguna vez con este problema, el educador debe seguir actuando para producir el hábito. Hay tres tipos de actuación: 1) Previa, a fin de producir mediante sugerencias actos generosos. Ejemplo: el relato de cuentos o historias cuyo asunto tiene cierto parecido con episodios de la vida real actual, en los cuales ciertos niños procedieron de un modo que en tales circunstancias es también posible proceder. 2) Simultánea o casi simultánea: el educador presencia el hecho y lo consiente con la palabra o el gesto. En caso de vacilación o duda se inclina en el mejor sentido. Después de él trata de crear la situación placentera de que ya hemos hablado. 3) Más posterior al acto. Hemos de señalar, en primer lugar, que una vez producido y *un tanto olvidado*, sería perjudicial la alabanza e incluso el recuerdo continuado. La recordación de tal hecho estaría justificada tan sólo en el caso de que en circunstancias semejantes o muy parecidas a la pasada, el niño pretendiese proceder de modo muy diverso. Utilizaríamos entonces el procedimiento de la asociación por contraste. Lo interesante es unir tal manifestación de la conducta a la vida religiosa y humana plena, de modo que el niño comprenda con claridad la excelencia adquirida con el acto generoso, que nos eleva de la categoría de animales a un plano superior.

Formación de la generosidad dentro del aula escolar.—Las normas a seguir son, en parte, las mismas a las ya apuntadas, pero en parte la problemática es muy diversa por las características especiales de la vida escolar. De ellas se deduce cierta oposición entre lo que pudiéramos llamar técnica de la profesión magisterial, y fines éticas de la educación. La cosa es clara para quienes están acostumbrados a ver cómo la educación se resuelve bajo la forma de pares de antinomias. En la tarea de la Escuela, ¿dónde debemos poner el acento? ¿En la instrucción? ¿En la educación? Pero aun suponiendo cierto equilibrio en la preocupación del maestro por cada uno de estos problemas, hay algo que complica extraordinariamente la cuestión. Es más fácil pronosticar lo que el niño es capaz de hacer como ser instruido que como ser educado, y si bien en la educación general coadyuvan muchos factores aparte del maestro, en la instrucción es él quien pone la mejor parte. Por eso no debe extrañarnos que en muchas ocasiones la actuación del docente sea perjudicial a la formación de hábitos generosos. Y es perjudicial porque, fomentando el progreso individual de los alumnos, contraponiendo lo que hacen unos y lo que otros dejan de hacer, puede convertir el aprendizaje en una competencia escolar, como decía Dewey. Y de aquí al egoísmo sólo hay un paso.

Por otra parte, ciertos actos generosos, o no pueden ser premiados como tales o cuentan como contrarios a la moral de la Escuela. Pensemos en el si-

guiente caso: una clase va a sufrir un castigo colectivo por una falta anónima individual. Todos los alumnos conocen al culpable, pero todos callan. Antes de que el castigo sea impuesto, el delincuente se acusa. He aquí un acto noble, generoso, que por ir unido a uno malo es de difícil tratamiento: hay que simultanear el castigo de un hecho y el premio de otro, y probablemente la preocupación del maestro se orientará más bien hacia el primer problema. Sobre todo si atañe a la disciplina o al orden, que hacia el segundo, de carácter más ímprobo e individual. En este mismo caso, si el culpable no aparece y la clase silencia al delincuente, manifiesta con ello cierta generosidad. ¿Es lícito al maestro alabarla, premiarla y aun recomendarla?

A veces la ayuda entre los escolares, el intercambio de libros y ejercicios, está en pugna con la marcha general de la clase. Se llega incluso a prohibir tal ayuda en circunstancias como la realización de pruebas escritas y orales.

El problema de la generosidad reviste particular importancia cuando se piensa en ella como virtud del maestro ideal. El H. Agaton la considera como la 12.ª virtud del maestro: el análisis que de ella hace está en consonancia con su concepción religiosa de la vocación docente. Nosotros vamos a señalar los dos notas de la misma que consideramos fundamentales: 1.ª El maestro generoso se da a todos los alumnos con el mismo entusiasmo, con la misma eficiencia; vence las repulsas internas o preferencias motivadas por rasgos físicos e intelectuales, conducta moral o manifestaciones del carácter; no busca su propio éxito en el aprendizaje eficiente de los alumnos notables. 2.ª El maestro generoso se manifiesta como tal respecto a la profesión misma cuando la ejerce sin atender a los beneficios materiales que reporte ni a los superiores sacrificios que le exige. Necesita más que ningún otro profesional la alegría en el trabajo, que ha de existir, pese a todos los pesares. Sírvanle de consuelo las palabras del comentarista de Séneca, Juan Baños de Velasco: «Haber vivido siempre feliz, sobre ser presagio de gran mal, tuvo poco de perfección varonil, ignorando lo mejor de la naturaleza: ella nos cría para que le obliguemos con el trabajo: y faltando nosotros a este trabajo, queda dudoso el concepto del para qué nacimos» (11).

BIBLIOGRAFÍA

- Academia Española: *Diccionario histórico de la Lengua Española*. Tomo I. Madrid, 1933.
 Adler: *El sentido de la vida*. Luis Miracle. Barcelona, 1948. 4.ª edición.
 Agaton: *Las doce virtudes de un buen maestro según el venerable J. B. de la Salle*. Barcelona, 1883.
 Alstedii, Johannis-Henrici: *Compendium Lexici Philosophici...* Herbornae, 1626.
 Angeles, Fray Juan de los: *Diálogo de la Conquista del Reino de Dios*. Ad. Poblet. Buenos Aires, 1943.
 Archambault, Pablo: *Pascal. Introducción y trozos escogidos*. Louis-Michaud. París, S. a.
 Azpiazu, S. I., Joaquín: *Moral profesional económica*. Razón y Fe, S. A. Madrid, 1921.
 Baldwin, J.: *Psicología pedagógica elemental*. Madrid, Jorro, 1927.

(11) Juan Baños de Velasco: *El sabio en la pobreza, comentarios estoicos y históricos de Séneca*. Pág. 17. Madrid, 1671.

- Baños de Velasco, Juan: *El sabio en la pobreza, comentarios estoicos, y históricos a Séneca*. Madrid, 1671.
- Bovet, Pierre: *El instinto luchador*. Beltrán. Madrid, 1922.
- Buck, J. M. de: *Carácterés difíciles*. Desclée de Brouwer. París, S. a.
- Calleja, S. J., Diego: *Tolentos logrados en el buen uso de los cinco sentidos*. Madrid, 1700.
- Civis: *Perché mio figlio é tanto egoista? (Per la educazione al «senso sociale»*. La Scuola, editrice. Brescia, S. a.
- Cruz, San Juan de la: *Noche oscura del alma*. En Obras Completas, B. A. C. Madrid, 1948.
- Cruz, San Juan de la: *Subida al Monte Carmelo*. B. A. C. Madrid, 1946.
- «Los deberes de justicia y caridad en las presentes circunstancias». Instrucción colectiva de los metropolitanos españoles. *Ecclesia*, 30 de junio de 1951. Año XI, núm. 520. Págs. 9-11.
- Debesse, M.: «La crise d'originalité juvénile. *Presses Universitaires de France*. París, 1948.
- Delvaile, Jules: *La vie sociale et l'éducation*. París. Alcan, 1907.
- Dewey, J.: *La Escuela y la Sociedad*. F. Beltrán. Madrid, S. a.
- Dupanloup, Mons. Félix: *El Niño*. Barcelona. Gustavo Gili, 1905. 3.ª edición.
- Eeckhout, Marie-Thérèse Van: *Le respect de la personne dans l'éducation*. Desclée, de Brouwer. París, 1945.
- Forgione, José D.: *La vida afectiva*. El Ateneo. Buenos Aires, 1945.
- Foerster, F. W.: *Instrucción ética de la juventud*. Labor, S. A. Barcelona, 1933.
- Foerster, F. W.: *La Escuela y el carácter*. Società Tipografico-Editrice Nazionale. Torino, 1911.
- Freud, S.: *Una teoría sexual*. En Obras Completas. Volumen I. Biblioteca Nueva. Madrid, 1948.
- Freud, S.: *Introducción al narcisismo*. En Obras Completas. Volumen I. Biblioteca Nueva. Madrid, 1948.
- Gillet, M. S.: *La educación del corazón*. Buenos Aires, 1942.
- Gillet, M. S.: *La virilidad cristiana*. Dedebec. Buenos Aires, 1945.
- Gillet, M. S.: *La educación del carácter*. Dedebec. Buenos Aires, 1946.
- Goblot, Edmond: *Le Vocabulaire Philosophique*. Lib. Armand Colin. París, 1901.
- Künkel, Fritz: *Introducción a la caracterología*. Ed. Victoria. Barcelona, S. a.
- Laburu: *El poder de la voluntad*. Montevideo, 1947.
- Lecciones de virtudes sociales sacadas de varios autores...* Tomo I. Madrid, 1807.
- Legendre, Mauricio: *El problema de la educación*, Francisco Beltrán. Madrid, 1942.
- Luis y André, Eloy: *Ética individual y social*. Madrid, 1920.
- Maritain, Jacques: *L'Éducation à la croisée des chemins*. Egloff. París, 1947.
- Modugno, Giovanni.: *Religione e morale nella scuola e nella vita del fanciullo*. Brescia. Società editrice «La Scuola», 1940.
- Noble, O. P., R. P. E. D.: *La educación de las pasiones*. Barcelona. Gustavo Gili, 1923.
- Pichon, Eduard: *Le développement psychique de l'enfant et de l'adolescent*. Masson. París, 1936.
- Romano, Pietro: *Le basi psicologiche della Educazione Morale*. Asti, 1898.
- Ruiz Amado, S. J., P. Ramón: *La Educación Moral*. Barcelona. Librería Religiosa, 1931. 2.ª edición.
- San Benito, Plácido de: *La educación espiritual de los niños*. Dedebec. Ediciones Desclée. Buenos Aires, 1944.
- San Buenaventura: *Breviloquio*. En Obras Completas. Tomo I. B. A. C. Madrid, 1941.
- San Buenaventura: *Las tres vías o incendio de amor*. Obras Completas. Tomo IV. B. A. C. Madrid, 1947.
- San Buenaventura: *Soliloquio*. Obras Completas. Tomo IV. B. A. C. Madrid, 1947.
- San Buenaventura: *Gobierno del alma*. Obras Completas. Tomo IV. B. A. C. Madrid, 1947.
- San Buenaventura: *Discursos ascético-místicos*. Obras Completas. Tomo IV. B. A. C. Madrid, 1947.

Santamaría, F.: *Los sentimientos y las emociones*. Valladolid, 1916.

Sergi, Giuseppe: *Per l'educazione del carattere*. Torino, 1886.

Spranger: *Psicología de la edad juvenil*. «Revista de Occidente». Madrid, 1929.

Standford Read, C.: *Luchas de la adolescencia masculina*. Francisco Beltrán. Madrid, 1931.

Toth, Tihamer: *El joven de carácter*. Madrid, Atenas, S. a.

ALBERTO DEL POZO PARDO

Profesor de la Escuela del Magisterio
de Cuenca.